

Miguel Ángel García, *Los autores como lectores.  
Lógicas internas de la literatura española  
contemporánea*

Madrid, Marcial Pons, 2018

Gonzalo LUQUE GONZÁLEZ

Authors:

Gonzalo Luque González  
Universidad de Almería  
glg531@ual.es  
<https://orcid.org/0000-0002-6238-0841>

Date of reception: 11-06-2019

Date of acceptance: 12-03-2019

Citation:

Luque González, Gonzalo, «Miguel Ángel García, *Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea*», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 267-270.  
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.19>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



---

Famoso es el pasaje en el cual Agustín de Hipona expone la sorpresa que le produjo ver cómo Ambrosio de Milán leía en silencio, sin mover los labios. Ese breve fragmento sorprende precisamente por el asombro del doctor de la Iglesia ante lo que resulta algo normal para el lector moderno; no debería sorprender tanto a quien comprende la «radical historicidad» de toda práctica humana y más aún de la literatura. Con todo, no nos dice demasiado de lo que significa la lectura hoy, más allá del acto de decodificar unos signos alfabéticos. La compleja polisemia de la categoría de lectura hoy es precisamente lo que Miguel Ángel García aborda en su libro *Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea*. Un libro que, sin ser un manual como explica el autor (p. 16), trata de cómo una serie de autores clave de la literatura española de la última centuria leyó precisamente en «voz alta, para los demás» a otros autores o su propia obra y de cómo «con ello se leyeron de paso a sí mismos» (p. 14). Ahora bien, la lectura es entendida aquí no como la revelación de un supuesto «yo interior» (un «yo-hacia-dentro», en palabras de su maestro Juan Carlos Rodríguez) que se reflejaría en el espejo del libro sino como una determinada

forma interpretativa ligada a la matriz ideológica y estética en la que los autores se mueven y que constituye parte de su personalidad literaria.

El libro intenta ir más allá de la obviedad de que la lectura precede a la escritura, alejándose de cualquier búsqueda de meras influencias y otras críticas de «fuentes». García aborda la lectura en su complejidad e historicidad: la lectura como parte fundamental de formación del sujeto burgués, un «yo» supuestamente libre y autónomo que con tanta frecuencia trata de escapar, a través justamente de la soledad y el silencio de la lectura moderna, del «yo» que el sistema le construye. El autor de *El veintisiete en vanguardia. Hacia una lectura histórica de las poéticas moderna y contemporánea* sigue manteniendo en este nuevo libro el rigor investigador que caracteriza su obra para estudiar a autores y lectores «situados en función social, histórica e ideológica», con el continuo objetivo de leer mejor y exponer la dinámica de la historia literaria. Historia literaria que no considera autónoma sino —además de una «provocación», como ya se sabe— un fragmento de la Historia.

En la introducción, una verdadera *crítica de la crítica* y eje teórico de todo el libro, realiza un breve pero completo recorrido por diversas teorías sobre la lectura en la modernidad que han acabado por trasladar en el último siglo el eje autor/producción al eje lector/recepción. Desde Proust a Calvino, entre muchos otros, se establece «una conversación con los difuntos» siempre bajo el magisterio de Juan Carlos Rodríguez. Su análisis, sin embargo, sin escamotear los aciertos de dichas teorías, nos avisa de que la revalorización de la lectura como aspecto fundamental de la literatura no debe llevar a la sacralización fenomenológica del acto de leer. Estas teorías plantearían la lectura como acto creador del objeto literario que solo se realizaría completamente, «en sí», en la conciencia del sujeto. Unas teorías frente a las que hay que ser escéptico pues tienen como base la relación fenomenológica sujeto/objeto, tan cara para la epistemología burguesa, es decir, la «lógica del sujeto» libre y autónomo del capitalismo sin la cual es inconcebible el mismo objeto literario. García refuta extensamente estas teorías para afirmar con rotundidad que «la historia existe, aunque no sea leída» (p. 21).

Pero, por supuesto, no se puede leer todo. Así se trae a colación una importante lección de Schopenhauer, que la polémica del canon ha actualizado: más que leer tanto, hace falta leer bien y saber elegir. García nos recuerda el esfuerzo que debe realizarse en cada lectura para evitar una recepción acrítica de los textos y percibir siempre el «humus ideológico» que fundamenta toda escritura y toda lectura, pues, como afirma Althusser, no hay lectura inocente (García, fiel a sus lecturas, nos enseña de cuáles es culpable). Pero, atención, esto no es afirmar que se trate meramente de deshacernos de los «prejuicios» lectores o

que seamos lectores activos en lugar de pasivos consumidores, como plantean otros teóricos, sino constatar con toda la radicalidad de sus consecuencias el hecho de que leemos siempre desde un inconsciente ideológico. «El inconsciente ideológico desde el que leemos, derivado de unas relaciones sociales y de producción, incluye una determinada ideología estética o literaria» (p. 27), una ideología que nos dice que sí es posible una lectura directa, que bastaría con «descascarillar» las capas de sentido acumuladas sobre el discurso y que permitiría al lector activo enfrentarse así con el eterno «en sí» de lo literario. Una forma más, en el fondo —aunque hablen de la «historicidad de la comprensión como principio hermenéutico» (Gadamer)—, de deshistorizar la literatura. Miguel Ángel García se esfuerza en recordarnos que de lo que se trata es de historizar la literatura y no de *historiar* la lectura.

Esto pasa por comprender los muchos aspectos de la lectura. Como por ejemplo, la importancia de cómo nos enseñaron a leer la escuela y los manuales de literatura. García nos recuerda que la Historia de la literatura, como es enseñada escolarmente, no es más que la historia de determinadas lecturas. O bien, pasa por estudiar cómo los autores, al leer a otros de determinada manera, se sitúan ellos mismos (en algunos casos *toman posición*) en el campo literario, en la tradición, mostrando ciertas afinidades, diferencias, etc., trazadas por ellos mismos; o cómo se leen a ellos mismos para adquirir cierto capital simbólico. La lectura, en fin, como palimpsesto: lectura, relectura, elección, escritura, reescritura, posicionamiento. Sin caer, eso sí, en la sombra del abismo, sin dejarse llevar por el vértigo y la angustia ante la infinitud de la(s) lectura(s), evitando incurrir en la locura hermenéutica, el delirio quijotesco (p. 18).

Tras la introducción, a lo largo de catorce capítulos que reúnen el trabajo de varios años, se pretende resaltar una serie —una entre muchas posibles, nos recuerda el autor— de lógicas internas que resultan significativas «para trazar una entramado histórico a partir de la dialéctica entre escritura y lectura», ese constante «juego de espejos» (p. 16).

Los primeros capítulos están centrados en las figuras de Azorín y Rubén Darío. A través de las lecturas que estos realizaron, García demuestra una vez más la inutilidad de la dicotomía modernismo/noventayocho y su «vieja cacharrería crítica», destacando, entre otras cosas, la preocupación de Darío con la realidad social y política y sus actitudes ante «el problema de España» a partir de sus lecturas de Ganivet, a pesar del modernismo evasivo que con tanta frecuencia se le ha atribuido. La «invención» de España y su «problema» se trata con la lectura del «alma castellana» en Azorín, con quien también se plantean pertinentemente, siguiendo su lectura de los clásicos, las problemáticas ante la aún vigente polémica del movedizo canon.

Entre otros capítulos destacan los que versan sobre Ángel González. Un capítulo dedicado a la «aventura» (p. 223) de este en el ámbito de la crítica acaba por dar con algunas de las claves explicativas de la recepción actual de la poesía española del siglo xx. Tras un repaso de cómo lee Ángel González, se pasa a ver cómo este es a su vez leído. Este capítulo (xiii) analiza las incongruencias por las que pasan los estudios literarios basados exclusivamente en la lingüística para dar una explicación satisfactoria del compromiso en la literatura. Se centra para ello en la «poética lingüística» que aplica Alarcos Llorach en su lectura de Ángel González y Blas de Otero, sin menospreciar en absoluto los análisis literarios del crítico.

Para ver cómo *actúan* los autores «para situarse en el sistema o el campo literario del que forman parte, trazando afinidades y diferencias con respecto a los demás habitantes de esa tradición o ese campo» (p. 15), son especialmente ilustrativos el capítulo en torno a las «alternas» lecturas que Juan Ramón Jiménez hace de Antonio Machado y el capítulo sobre Rosa Chacel, quien habría contribuido en la construcción del «horizonte mitológico» (p. 151) que es el 27, además de autoincluirse en él.

Uno de los capítulos más interesantes, «El andalucismo lírico de Luis Cernuda», plantea sintéticamente alguna de las claves de la literatura moderna y contemporánea a partir del romanticismo a través de la metáfora geográfica, de alguna manera tan real, entre el Norte y Sur. Un función de primer orden en la sensibilidad romántica, cuyo origen burgués es innegable, sería una tendencia hacia una fascinación inventada y a la vez sincera por el Sur, idealizado o no, supuestamente libre de la «grotesca civilización que envanece a los hombres» (Cernuda). En Cernuda esta tendencia se observaría en las plasmación en su obra de una Andalucía mitológica y biográfica a la vez (o su sucedáneo mexicano tras el exilio).

*Los autores como lectores* traza las líneas de un mapa aún por completar, pero aporta, sin carácter de manual, unas rigurosas herramientas con las que acometer dicho trabajo. Demostrando la historicidad de toda lectura, Miguel Ángel García recorre algunos caminos necesarios para contribuir a una historia crítica de la literatura «que toma como fondo esa contemporaneidad literaria entre nosotros» (p. 16). Crítica que no puede hacerse sino atendiendo a las contradicciones que presentan los textos, en lo legible y en lo ilegible, a los «blancos» que dejan la escritura y las categorías interpretativas y códigos con que «construimos» el objeto literario y lo entendemos. Atendiendo, pues, a la radical historicidad de la literatura sin olvidar la «real objetividad de los textos», es decir, su lógica interna.